

me expondré á la muerte, haré lo que vos queráis."

Mientras hablaba, noté que se entrecabía á la espalda del tabernero la puerta vidriera y que su esposa nos miraba con inquietud.

—Lo que aquí falta no es la vida de uno, sino el esfuerzo de todos.

Él callaba; yo proseguí:

—¿De modo que los arrabales de París, que fueron heroicos hasta cuando se equivocaron por una cuestion de salario mal comprendida, por una definicion del socialismo mal dada, se sublevaron en Julio de 1848 contra la Asamblea que ellos mismos constituyeron y contra el sufragio universal, y vacilan en sublevarse en Diciembre de 1851 para defender el derecho, la ley, el pueblo, la libertad y la República? Decís que hoy está embrollado todo y que nada comprendéis; pues sucede precisamente todo lo contrario: todo estaba embrollado en Julio y hoy todo es muy claro.

Mientras pronunciaba estas últimas palabras se habia abierto suavemente la puerta de la trastienda y por ella habia salido un hombre, un jóven rubio como Augusto. Hice un movimiento, el tabernero lo notó y me dijo:—Podeis fiaros de él.

Dicho jóven se quitó la gorra, se llegó junto á mí, cuidando de volver las espaldas á la puerta vidriera, y me dijo en voz baja:—Os conozco; era uno de los que estaban en el boulevard del Temple y de los que os preguntamos lo que debíamos hacer; nos contestásteis que era preciso tomar las armas; pues bien, aquí las tengo.

Se metió las dos manos en los bolsillos del paletó y sacó dos pistolas.

En aquel instante sonó la campanilla de la puerta de la calle, y el jóven se guardó apresuradamente las pistolas. Entró un obrero con blusa que podria contar cincuenta años; sin mirar á nadie y sin hablar arrojó una moneda sobre el mostrador. Augusto tomó un vaso pequeño y lo llenó de aguardiente; el hombre se lo bebió de un solo trago, dejó el vaso en el mostrador y salió de la taberna.

Cuando desapareció me dijo Augusto:

—Como ese hombre que bebe, come, duerme y no piensa en nada, son casi todos.

El jóven interrumpió impetuosamente al tabernero y le dijo:

—Por un hombre no se debe juzgar á un pueblo,

Y volviéndose hácia mí, añadió:

—Ciudadano Víctor Hugo, acudiremos cuando se nos llame. Si algunos no acuden, hay otros que no faltarán. Creo, sin embargo, que la lucha no debe comenzar por aquí, sino por la otra orilla del rio.

Despues me dijo bruscamente:

—No pensaba que no teneis obligacion de saber mi nombre.

Sacó del bolsillo una cartera pequeña, arrancó de ella un pedazo de papel, escribió su apellido con lápiz y me entregó la hoja.

Siento haber olvidado el nombre de este obrero maquinista, ya que, con la idea de no comprometerle, quemé aquel papel con otros muchos el sábado por la mañana, cuando estuve á punto de ser preso.

—Señor, dijo Augusto, es verdad; no debemos pensar mal del barrio, pues, como dice mi amigo, quizás no sea el primero que acuda; pero si se sublevan en París, se sublevará.

—¿Quién quereis que esté en pié si el arrabal de San Antonio está echado en tierra? ¿Quién estará vivo si el pueblo está muerto?

El obrero constructor de máquinas se acercó á la puerta de la calle, se aseguró de que estaba cerrada, volvió y dijo:

—Hay en el barrio muchos hombres de buena voluntad. Lo que falta son jefes. Escuchad, ciudadano Víctor Hugo, á vos puedo deciroslo: esta noche espero que haya un movimiento.

—¿Dónde?

—En el barrio de Saint-Marceau.

—¿A qué hora?

—A la una.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque yo me he de encontrar en él. Ahora bien; si se subleva esta noche el barrio de Saint-Marceau, ¿quereis dirigirlo?

—Sí.

—Llevais encima vuestra banda?

La saqué del bolsillo y se la enseñé. Los ojos de aquel brillaron de alegría.

—Pues bien, contestó; el ciudadano tiene sus pistolas y el representante su banda; ya está armado todo el mundo.

Le pregunté:

—¿Estais seguro de que no faltará ese movimiento?

—Lo tenemos bien preparado, me respondió el.

—En ese caso, repuse, en cuanto se levante la primera barricada venid á

buscarme, que quiero encontrarme en ella.

—¿A dónde os he de buscar?

—En cualquier parte que me encuentre.

Me aseguró que el alzamiento que debia verificarse empezaria lo más tarde á las diez y media de la noche, y que yo recibiria la noticia antes de las once. Convinimos en que yo haria saber á Augusto mi paradero hasta esa hora, y en que éste se encargaria de comunicárselo al maquinista.

La mujer continuaba acechando. El diálogo se prolongaba, y para que no se hiciese sospechoso á las gentes de la trastienda, me despedí de Augusto. Al abrir la puerta para marcharme me cogió la mano, me la estrechó como lo hubiera hecho una mujer y me dijo con afectuoso acento:

—Veo que os marchais; ¿pero volvereis?

—No lo sé.

—Es verdad, replicó Augusto; nadie sabe lo que le ha de suceder. Quizá sereis perseguido y os busquen como á mí para fusilaros, y quizás yo pueda salvaros á mi vez, que los pobres hay veces que podemos servir de algo. Si ese caso llega, si necesitais un asilo, disponed de mi casa; en ella encontrareis una cama donde podais dormir y un hombre que se dejará matar por vos.

Le dí las gracias con un apretón de mano y partí. Estaban dando las ocho: me dirigí con paso precipitado hácia la calle de Charonne.

XVIII.

Los representantes cercados.

En la esquina de la calle del arrabal de San Antonio, en el punto mismo en el que se levantaba á la altura de dos pisos la gigantesca barricada de Junio de 1848, se habian fijado los decretos aquella mañana. A pesar de ser de noche y de no poder leerlos, habia algunos hombres examinándolos.

A pocos pasos más allá oí pronunciar mi nombre y volví la cabeza. Lo pronunciaban Julio Favre, Bouzart, Lafont, Madier de Montjau y Michel de Bourges, que pasaban. Subí en un coche y alcancé á los cinco representantes. Venian de la calle de Charonne, en la que habian encontrado cerrado el local de la Asociacion de ebanistas.

—Esas buenas gentes, dijo Madier de

TOMO III.

Montjau, en cuanto empiezan á tener un capitalillo no quieren comprometerlo. Nos tienen miedo. Quizás digan:—¿A nosotros qué nos importan los golpes de Estado?

—¿A dónde vamos? preguntó Julio Favre.

Lafont, que vivia dos pasos de allí, nos ofreció su casa y la aceptamos, y disputamos lo necesario para que los miembros de la izquierda supieran que estábamos allí.

Pocos instantes despues nos instalamos en casa de Lafont, en el cuarto piso de un edificio antiguo, que presencié la toma de la Bastilla. Se entraba en él por una puerta accesoria que se abria en el muelle de Jemmapes, y que caia á un patio estrecho, que estaba algunos escalones más bajo que el muelle. Bouzart se quedó en dicha puerta para avisarnos si era preciso y para indicar la casa á los representantes que fueran llegando.

Nos reunimos muchos en poco tiempo, volviéndonos á encontrar casi todos los de aquella mañana y algunos más. Lafont nos abrió su salon, que tenia vistas á los patios posteriores de la casa, y constituimos una especie de presidencia. Julio Favre, Carnot, Michel y yo nos sentamos alrededor de una gran mesa, que alumbraban dos bujías y que estaba delante de la chimenea. Todos los demás que asistian á la reunion se sentaron en sillas y en butacas. Un grupo obstruia la puerta.

Michel de Bourges exclamó al entrar:

—Hemos venido á buscar al pueblo del arrabal de San Antonio, y aquí nos teneis.

La concurrencia aplaudió estas palabras.

Expúsose la situacion, se habló del letargo de los barrios, de que no habia nadie en la Asociacion de ebanistas y de que encontrábamos las puertas cerradas casi por todas partes. Referí lo que habia visto y oido en la calle de la Roquette, las apreciaciones del tabernero sobre la indiferencia del pueblo, las esperanzas del maquinista y la posibilidad de un alzamiento, aquella misma noche, en el barrio de Saint-Marceau, y convinimos en que yo acudiria al primer aviso que recibiera. Pero no sabiamos nada aun de lo que habia pasado durante el dia. Se dijo que M. Harin, teniente coronel de la 5.^a legion de la Guardia nacional, habia convocado á sus oficiales,

Entraron en la reunion algunos escritores demócratas, Alejandro Rey, Javier Durrieu, Kesler Villiers, Lemaître y Milliere.

Este jóven apareció con un gran rasguño encima de la ceja: cuando se separó de nosotros aquella mañana se llevó una de las copias de la proclama que yo habia redactado, y un hombre se lanzó sobre él para arrancársela; era indudable que la policía sabia que habíamos escrito una proclama y queria apoderarse de ella. Milliere luchó cuerpo á cuerpo con el agente de policía y lo echó al suelo, sacando de la refriega aquella herida. Sin embargo, la proclama todavía no estaba impresa, y eran ya cerca de las once de la noche. Javier Durrieu aseguró que no pasaria una hora sin que estuvieran en nuestro poder los cuarenta mil ejemplares prometidos, con los que esperaríamos llenar aquella noche las paredes de Paris. Los concurrentes debian convertirse en fijadores de carteles.

Habia allí, lo que era inevitable en la borrascosa confusion de los primeros instantes, muchos hombres que no conocíamos. Uno de ellos tenia en la mano diez ó doce copias del llamamiento á las armas; me rogó que las firmara, á fin de poder, segun él decia, enseñar mi firma al pueblo.—“O á la policía,” me dijo Baudin en voz baja y sonriéndose. Pero como no estábamos para tomar muchas precauciones, firmé todas las proclamas que aquel hombre me entregó.

Julio Favre tomó la palabra, diciendo que importaba constituir la accion de la izquierda, imprimir al movimiento que se preparaba unidad de impulso, crear un centro, dar á la insurreccion un eje, á la izquierda una direccion y al pueblo un punto de apoyo, y propuso la formacion inmediata de un comité que representara la izquierda en todos sus matices y que se encargara de organizar y de dirigir la insurreccion.

Todos los representantes aclamaron á hombre tan varonil y tan elocuente. Se propuso que el comité constara de siete miembros. En seguida se nombró á Tarnot, á Julio Favre, á Madier de Montjau, á Michel de Bourges y á mí para constituirle. Formóse por aclamacion el comité de insurreccion, que yo propuse que tomara el nombre de comité de resistencia, porque el insurrecto era entonces Luis Bonaparte y nosotros representábamos la República.

Deseando que formara parte del co-

mité un representante obrero, designamos á Faure, que hasta más tarde no supimos que estaba preso desde por la mañana.

En seguida se organizó el comité. De su seno se nombró un comité permanente con atribuciones para decretar lo más urgente en nombre de toda la izquierda, para centralizar las noticias, los informes, las instrucciones, los recursos y las órdenes.

El comité permanente se componia de cuatro miembros, que éramos Carnot, Michel de Bourges, Julio Favre y yo. Los otros dos miembros fueron delegados especiales; Tarnot para la orilla izquierda y para el barrio de las Escuelas, y Madier para los boulevares y las afueras de Paris.

Terminadas estas operaciones preliminares, Lafont nos llamó aparte á Michel de Bourges y á mí y nos dijo que el antiguo constituyente Prudhon habia venido á preguntar por uno de los dos, que estuvo allí cerca de un cuarto de hora, y que luego se marchó, diciendo que nos esperaba en la plaza de la Bastilla.

Prudhon, que en aquella época estaba cumpliendo en Santa Pelagia la condena de tres años de prision por ofensas inferidas á Luis Bonaparte, conseguia de vez en cuando que le dieran permiso para salir á la calle, y casualmente uno de estos permisos coincidió con el 2 de Diciembre. Cosa extraña y que no queremos dejar pasar por alto es que el 2 de Diciembre, Prudhon, que estaba preso en virtud de un auto condenatorio, le dejaban salir en el instante mismo en que prendian ilegalmente á los representantes inviolables. Prudhon se aprovechó de su libertad para venir á buscarnos. Le conocia por haberle visto en la Conserjería, donde tambien estaban encerrados mis dos hijos, Augusto Vaquerie y Paul Meurice, mis dos ilustres amigos, y los animosos escritores Luis Jordan, Erdan y Suchet.

Javier Durrieu me habló al oido del modo siguiente:

—Acabo de separarme de Prudhon, que desea veros. Os espera bajo, cerca, á la entrada de la plaza. Le encontrareis apoyado en el parapeto del canal.

—Pues voy, le contesté.

Salí, y efectivamente, en el punto indicado encontré á Prudhon pensativo y apoyando los brazos en el parapeto. Me acerqué á él.

—Quereis hablarme? le dije.

—Sí.

Me estrechó la mano.

El sitio donde nos encontrábamos estaba muy solitario. Teníamos á la derecha la plaza de la Bastilla completamente oscura; nada se veia allí, pero se oia la multitud: habia regimientos formados en batalla, sin vivaquear, dispuestos á salir; se oia el sordo rumor de los alientos; en la plaza hormigueaban las pálidas chispas que de noche lanzan las bayonetas, y por encima de aquel golfo de tinieblas se erguia recta y negra la columna de Julio.

Prudhon me dijo:

—Vengo á haceros advertencias amistosas. Os haceis ilusiones. El pueblo está engañado y no se moverá. Bonaparte le arrastrará donde él quiera. Esa supercheria de la restitution del sufragio universal engañará á los necios. Bonaparte pasa por ser socialista y se ha echado esta cuenta: *Seré el emperador de la canalla*. Esto es en él una gran insolencia, pero las insolencias tienen la suerte de triunfar muchas veces cuando tienen aquello á su servicio.

Prudhon me señalaba con el dedo el siniestro resplandor de las bayonetas. En seguida continuó:

—Bonaparte se propone un fin. La República ha creado el pueblo, él quiere crear el populacho. Triunfará y sereis vencidos. El cuenta con la fuerza, con los cañones, con los errores del pueblo y con las tonterías que hace la Asamblea. Los pocos hombres que hay en la izquierda como vos no sacareis nada del golpe de Estado. Vosotros sois honrados, y él tiene la ventaja sobre vosotros de ser pícaro; vosotros teneis escrúpulos, él no los tiene ni los tendrá nunca. Creedme y no resistais. La situacion no tiene ya remedio. Es preciso esperar; en este momento luchar es una locura. ¿Qué esperais?

—Nada, le contesté.

—Y qué vais á hacer?

—Todo.

Por la decision de mis palabras comprendió que no me haria ceder.

—Adios, me dijo entonces.

Nos separamos. Desde entonces no le he vuelto á ver.

Volví á subir á casa de Lafont.

Todavía no habian llegado las proclamas impresas. Los representantes, intranquilos, bajaban y subian. Algunos iban á esperar y adquirir noticias al muelle de Jemmapes. Se oia en la sala el confuso murmullo de muchas conver-

saciones. Los miembros del comité, Madier, Julio Favre y Carnot, se habian retirado, encargando á Charamaule que me dijera que iban á la calle de Moulins, á casa del antiguo constituyente Laudrin, para deliberar allí con más comodidad, y que fuera á buscarlos. Pero creí que debia permanecer donde estaba, dispuesto á intervenir en el movimiento eventual del barrio de Saint-Marceau. Como esperaba el aviso del tabernero, no debia alejarme de allí; además era posible que si yo salia, los representantes de la izquierda, no viendo á ningun miembro del comité, se marchasen sin tomar resolucion alguna, y esto me pareció inconveniente.

Trascurria el tiempo y las proclamas no llegaban. Al dia siguiente supimos que la policía habia arrebatado los paquetes. Cournet, antiguo oficial de marina y ferviente republicano, tomó la palabra. Manifestó que hacia cerca de dos horas que estábamos allí, que la policía acabaria por averiguarlo, que los miembros de la izquierda tenian el imperioso deber de permanecer á toda costa al frente del pueblo, que la situacion nos imponia la necesidad de cambiar con frecuencia de asilo, y terminó invitándonos á que fuésemos á deliberar á su casa, á sus talleres, calle Popincourt, núm. 82, en el extremo de una calle sin salida situada en las cercanías del arrabal de San Antonio.

Aceptamos el ofrecimiento; mandé aviso á Augusto de nuestra traslacion, enviándole las señas de casa de Cournet. Lafont quedó encargado en el muelle de Jemmapes de enviarnos las proclamas en cuanto las recibiera. Charamaule se encargó de mandar el aviso á la calle de Moulins, para que los otros miembros del comité supieran dónde les esperaríamos.

Salimos, lo mismo que por la mañana, diseminados en pequeños grupos. El muelle de Jemmapes bordea la orilla izquierda del canal de San Martin; por allí subimos, y solo encontramos algunos obreros aislados, que volvian la cabeza despues que pasábamos y que se paraban con asombro. La noche estaba muy oscura y caian algunas gotas de lluvia.

Despues de pasar la calle de Chemin-Vert, nos dirigimos á la derecha y llegamos á la calle de Popincourt. Allí estaba todo desierto, apagado y silencioso, como en el arrabal de San Antonio. Pasamos más allá del cuartel,

Cournet no venia con nosotros; se quedó detrás para avisar á sus amigos y para dictar medidas de defensa en el caso de que atacaran su casa.

No podíamos encontrar el núm. 82; la oscuridad no nos permitia distinguir los números. Pero al fin, al terminar la calle vimos una luz, que salia de una tienda de comestibles, la única que por allí estaba abierta. Uno de los nuestros entró y suplicó al dueño, que estaba sentado detrás del mostrador, que nos indicase la casa de M. Cournet. El tendero nos dijo que era allí enfrente, señalándonos una antigua puerta-cochera. Llamamos á la puerta que nos indicó. Nos abrieron; entró Baudin, que llamó con los nudillos en los cristales de la portera, y preguntó:—¿Vive aquí el señor Cournet? Una voz de vieja respondió:—“Sí, señor.”

La portera estaba acostada: todos dormían en la casa, pero nosotros entramos. Cuando estuvimos dentro y quedó cerrada la puerta-cochera, nos encontramos en un patio pequeño y cuadrado, que formaba el centro de una casucha de dos pisos, donde reinaba silencio de claustro: no habia ni una luz en las ventanas; se divisaba cerca de un soportal la entrada bajo de una escalera estrecha, y creíamos habernos equivocado de casa.

Entre tanto la portera, que oyó el paso de muchos hombres, se despertó por completo, encendió una lamparilla y estaba en la portería con la cara pegada al cristal de la puerta, mirando con pavor á los sesenta fantasmas negros, inmóviles y de pié que habia en el patio.

Esquirós le dirigió la palabra:—“¿Pero vive aquí el señor Cournet?”—“No; el señor Cornet.”

Entonces nos explicamos la equivocación; el tendero habia entendido mal el apellido; nos encaminó allí y la primera vez la portera también lo entendió mal.

Ya veremos más tarde cómo por medio de esta equivocación la casualidad nos prestó extraordinario servicio.

Salimos de allí.

Javier Durrieu procuró orientarse y nos sacó del apuro.

Poco despues torcíamos á la izquierda y penetramos en un callejon largo, al que apenas daba luz un reverbero de aceite del antiguo alumbrado de Paris; torcimos otra vez á la izquierda y nos introdujimos en un pasadizo estrecho, en un extenso patio, que estaba

lleno de cobertizos y de materiales. Ahora realmente estábamos en casa de Cournet.

XIX.

Un pié en la sepultura.

Cournet nos esperaba ya allí. Nos recibió en una sala de la planta baja, que caldeaba una estufa, y en la que se veia una mesa y algunas sillas; pero era tan reducida, que entramos la cuarta parte de nosotros y no podíamos movernos; los demás tuvieron que permanecer en el patio.

—Es imposible que deliberemos aquí, dijo Baucel.

—Tengo otra sala más grande en el primer piso, respondió Cournet, pero está en construcción, y en ella no hay muebles ni lumbré.

—No importa; subamos al primer piso.

Subimos por una escalera de madera, estrecha y empinada, y nos posesionamos de dos salas bajas de techo, una de ellas bastante capaz. Las paredes estaban blanqueadas con cal, y no habia más muebles que algunos taburetes de paja.

—Presidid! me dijeron muchas voces.

Me senté en uno de los taburetes en el ángulo de la primera sala. Baudin repuso:

—Tengo lápiz y papel y voy á servirlos de secretario.

Tomó un taburete y se sentó á mi lado.

Los representantes y todos los asistentes permanecieron en pié, formando delante de Baudin y de mí una especie de escuadra arrimada á las dos paredes de la sala que estaban enfrente de nosotros. La muchedumbre se prolongaba hasta la escalera. Sobre la chimenea apagada habia una vela encendida.

Una especie de alma com un agitaba á la reunion. Todos los semblantes estaban pálidos, pero en todas las miradas se leia la misma resolución enérgica. Muchos pidieron á un tiempo la palabra, y yo les rogué que dijeran sus nombres á Baudin para que los inscribiera y para que me pasara la lista. El primero que habló fué un obrero, que comenzó por disculparse de haberse unido á los representantes, siendo ageno á la Asamblea. Los representantes le interrumpieron diciéndole:—No debeis escusaros, porque pueblo y representantes son una misma cosa. —Hablad!—Declaró que pidió la palabra para desvanecer toda sos-

pecha que pudiera recaer en el honor de sus hermanos los obreros de Paris, por haber oido á algunos representantes que dudaban de ellos, y que hablaba para afirmar que esto era injusto, que los obreros comprendian el crimen de Bonaparte y el deber del pueblo, y no serian sordos al llamamiento de los representantes republicanos, lo que muy pronto se iba á ver. Esto lo dijo sencillamente y con cierta honradez ruda; pero cumplió lo que dijo al dia siguiente: yo le vi batiéndose en la barricada de Rambuteau.

Mathieu del Drome entró cuando el obrero acababa de hablar.—Os traigo noticias, gritó.

Entonces reinó profundo silencio.

Como dijimos, sabíamos que la derecha debió reunirse y que algunos de nuestros amigos habian asistido á dicha reunion; pero no sabíamos nada más. Mathieu nos traia la noticia de los hechos de la jornada, los pormenores de las prisiones á domicilio ejecutadas sin obstáculo. La reunion Daru abofeteada en la calle de Bourgogne, los representantes arrojados de la Asamblea, la cobardía del presidente Dupin, la dispersion del Tribunal Supremo, la nulidad del Consejo de Estado, la triste sesion de la Alcaldía del 10.º distrito, el aborto del nombramiento de Oudinot, el acta de destitucion del presidente y los doscientos veinte representantes apresados y conducidos al muelle de Orsay. Mathieu terminó de hablar virilmente, diciendo que el deber de la izquierda era mayor á cada momento, que con seguridad el dia siguiente seria decisivo, y conjuró á la reunion á que estuviese preparada.

Un obrero refirió el siguiente hecho. Contó que estando por la mañana en la calle de Grenelle pasaron los miembros de la Asamblea presos, y uno de los comandantes del batallon de Vincennes pronunció esta frase:

—Ahora les toca el turno á los representantes rojos. Que no se duerman!

Baudin entonces se levantó y dijo:—Ya que el golpe de Estado redobla la saña, ¡ciudadanos, redoblemos nosotros la energía!

De repente entró corriendo un hombre de blusa, que venia sofocado, y nos anunció que acababa de ver por sus propios ojos en la calle de Popincourt un batallon que marchaba sigilosamente hácia el callejon sin salida, que estábamos cercados y que nos iban á acometer, conjurándonos á que nos dispersáramos en el acto.

—Ciudadanos representantes, exclamó Cournet, he apostado centinelas en el callejon, que se replegarán y vendrán á avisarnos si el batallon se dirige hácia nosotros. La puerta es estrecha y la atrincheraremos en un instante. Aquí estamos con vosotros cincuenta hombres armados y decididos, y llegaremos á ser doscientos en cuanto suene el primer disparo; además estamos provistos de municiones. Podeis deliberar tranquilos.

Terminó levantando el brazo derecho y enseñando en la manga un ancho puñal que llevaba oculto y golpeando con la otra mano en los bolsillos las culatas de dos pistolas.

—Pues bien, dije, continuemos.

Tres de los más jóvenes y elocuentes oradores de la izquierda, Baucel, Arnaud y Victor Chantour, hablaron sucesivamente. A los tres les preocupaba la idea de no haberse podido fijar todavía nuestra proclama, de no haber producido ningun resultado los episodios del boulevard del Temple, por la presion que nos hacia Bonaparte; se lamentaban de no haber podido manifestar públicamente ninguno de nuestros actos, mientras el hecho de la Alcaldía del 10.º distrito comenzaba á divulgarse por Paris, dando por resultado parecer que la derecha realizaba un acto de resistencia antes que la izquierda. Les aguijoneaba la generosa emulacion del bien público y les causaba inmensa alegría saber que habia un batallon dispuesto á atacar á pocos pasos de allí, y que quizás dentro de pocos momentos comenzaria la lucha.

Las opiniones se multiplicaban y con los diferentes criterios nacian las incertidumbres: un obrero que estaba cerca de mí decia á media voz á uno de sus compañeros que no podia contarse con el pueblo, y que entablar la lucha seria una locura.

Los incidentes y los hechos de la jornada habian modificado bajo ciertos aspectos mi opinion sobre la marcha que debíamos tomar en tan graves circunstancias. El silencio que guardó la muchedumbre cuando Arnaud y yo apostrofamos á las tropas, destruyó la impresion que me habia causado pocas horas antes el entusiasmo que manifestaba el pueblo en el boulevard del Temple. Las dudas de Augusto me sorprendieron; conocí que la Asociacion de ebanistas se escondia; era visible el letargo del arrabal de San Antonio, como la inercia del barrio de Saint-Marceau; debí recibir aviso del

maquinista á las diez y media, y eran ya más de las once; todas mis esperanzas se iban desvaneciendo sucesivamente. Por eso sentía más no haber realizado un hecho instantáneo que hubiera asombrado y sacudido á Paris.

Más tarde se verá el concurso de circunstancias fortuitas que impidió que se realizara este pensamiento tal como yo le concebía. Y si los representantes cumplieron con su deber, la Providencia quizá no cumplió con el suyo. Sea de esto lo que quiera, suponiendo que no habíamos de perecer allí y que existía para nosotros un mañana, conociendo que había necesidad de preparar lo que había que hacer el día siguiente, tomé la palabra.

Comencé por levantar completamente el velo de la situación y presentarla desnuda. La Constitución había sido arrojada al arroyo, la Asamblea conducida á culatazos á la prisión; habían dispersado el Consejo de Estado y el Tribunal Supremo, y esto era un principio de victoria en favor de Luis Bonaparte, porque el ejército había pescado á Paris en una red, sembraba el estupor por todas partes, derribaba las autoridades y anulaba los pactos; solo quedaban en pie dos cosas, el golpe de Estado y nosotros. Nosotros somos la verdad y la justicia, el poder supremo y soberano, la encarnación del pueblo y del derecho.

Luego proseguí:—Luis Bonaparte, cada minuto que pasa, avanza más en su crimen. Para él no hay nada inviolable ni sagrado; por la mañana violó el palacio de los representantes de la nación; algunas horas más tarde se ha apoderado de sus personas; mañana, quizá en estos momentos, derrama su sangre. Pues bien, ya que avanza sobre nosotros, avancemos nosotros sobre él; ya que el peligro crece, crezcamos con el peligro.

En la Asamblea hubo un momento de adhesión, y yo proseguí:

—Lo repito é insisto en ello; no perdonemos al desventurado Bonaparte ninguna de las enormidades del atentado; ya que ha derramado el vino, quiero decir, la sangre, es preciso que se la beba. Nosotros no somos individuos, somos la nación, y vamos vestidos con la soberanía del pueblo. No puede atentar contra nuestras personas sin ultrajar esa soberanía. Obliguémosle á que su metralla desgarré nuestras banderas y nuestros pechos. En el camino que ha emprendido ese hombre, la lógica le obliga

y le lleva al parricidio, á matar á la patria. Es preciso que esto se vea!

—¡Estamos todos dispuestos á seguirlos! gritaron. ¿Qué medidas creéis que debemos adoptar?

—Medidas extremas, respondí; realicemos un acto grande. Si salimos de aquí esta noche, mañana nos reuniremos todos en el arrabal de San Antonio.

—¿Por qué en el arrabal de San Antonio? me objetó uno de los concurrentes.

—Porque no puedo creer que haya cesado de latir allí el corazón del pueblo. Nos reuniremos mañana en dicho arrabal, frente á frente del mercado Lenoir, en una sala que sirvió de club en 1848.

—La sala Roysin, dijo una voz.

—Eso es, la sala Roysin. Quedamos aun libres ciento veinte representantes republicanos y nos instalaremos en dicha sala con la majestad y plenitud del poder legislativo. Desde ahora constituimos toda la Asamblea. Deliberemos allí con las insignias puestas y en medio del pueblo. Erijamos en vivienda el arrabal de San Antonio, refugiemos allí la representación nacional y la soberanía popular, confiemos al pueblo la custodia de sí mismo, conjurándole á que se defienda, y si es necesario ordenémoslo.

—No se dan órdenes al pueblo! exclamó una voz interrumpiéndome.

—Se dan cuando se trata del bien público, de la salvación universal, del porvenir de las nacionalidades europeas; cuando se trata de defender la República, la libertad y la civilización, tenemos derecho los representantes de la nación á dar, en nombre del pueblo francés, órdenes al pueblo de Paris. Reunámonos, pues, mañana en la sala Roysin, en pleno día; cuando las tiendas estén abiertas, cuando la población circule, cuando se nos vea, cuando se nos conozca, para que la grandeza de nuestro ejemplo salte á todos los ojos y conmueva todos los corazones. Reunámonos, pues, de nueve á diez de la mañana. Si encontramos obstáculos para entrar en la sala Roysin, ocuparemos una iglesia, un soportal, cualquier recinto cerrado donde podamos deliberar; y si no hay otro remedio, nos constituiremos en una encrucijada, entre cuatro barricadas. Es preciso que en semejante crisis la nación no vea ante sí el vacío, porque eso la espanta. Es preciso constituir en cualquier parte un gobierno, y que ella sepa que ese gobierno existe. La rebelión está en el Elíseo y el gobierno estará en el arrabal de San Antonio; con estas ideas debe despertar-

se mañana el espíritu de Paris. ¡A la sala Roysin, pues! Desde allí, entre la muchedumbre obrera, almenados en el arrabal como en una fortaleza, siendo á la vez legisladores y generales, inventando y multiplicando los medios de defensa y de ataque y lanzando proclamas, sentenciaremos á Luis Bonaparte y á sus cómplices, pondremos fuera de la ley al crimen y á los criminales, llamaremos á los ciudadanos á las armas, recordaremos al ejército su deber, y frente á frente de Luis Bonaparte, terribles como la República viva, le combatiremos, teniendo en una mano la fuerza de la ley y en la otra la fuerza del pueblo, y confundiremos para siempre á ese miserable sublevado.

Hablando me embriagaba con mi propia idea, y mi entusiasmo se comunicó á la reunión, que me aclamó. Pero en seguida advertí que mi esperanza era demasiado ilusoria y que les presentaba el éxito no solo posible, sino fácil, en circunstancias en que era muy importante que nadie se forjara ilusiones. La verdad era triste, pero tenía el deber de decirla. Dejé que se restableciera el silencio y continué hablando en voz más baja.

—Es preciso, sin embargo, ver clara nuestra situación. La parte contraria cuenta con cien mil hombres, con diez y siete baterías, con seis mil bocas de fuego en los fuertes, almacenes y arsenales, con municiones inagotables; nosotros contamos con ciento veinte representantes, con mil ó mil doscientos patriotas, con seiscientos fusiles, con dos cartuchos por ciudadano; pero no tenemos ni un tambor que toque llamada, ni una campana que toque á rebato, ni una imprenta que imprima una proclama; y estamos amenazados de la pena de muerte si nos agrupamos, si nos encuentran en conciliábulo, si nos ven fijando proclamas en las paredes, si nos cogen durante el combate y si nos cogen despues de terminada la lucha; estamos condenados á la deportación ó al destierro; la parte contraria cuenta con un ejército y con su crimen, y nosotros con un puñado de hombres y con el derecho para empeñar la lucha. La aceptáis?

—Sí! sí! contestó un grito unánime, grito que no salía de los labios, sino de los corazones.

Convinimos inmediatamente en que de nueve á diez de la mañana nos reuniríamos en la sala Roysin, acudiendo allí aisladamente ó en grupos de dos ó tres personas, y convinimos también en dar

esta cita á nuestros amigos ausentes.

Debíamos separarnos ya. Era próximamente la media noche.

Uno de los exploradores de Cournet entró y nos dijo:

—Ciudadanos representantes, el batallón se ha marchado y la calle está libre.

¿Juzgó el ataque importuno ó peligroso de noche, en el callejón estrecho y en el centro del temible barrio de Popincourt, donde tanto tiempo se sostuvo la revolución de Junio de 1848? Algunos soldados visitaron varias casas de la vecindad, y según informes que adquirimos más tarde, nos siguió un agente de policía al salir de la casa número 2 del muelle de Jemmapes y nos vió entrar en el domicilio de Cournet, lo que fué á denunciar á sus jefes. El batallón que enviaron para apoderarse de nosotros cercó la indicada casa, la allanó, la registró desde la cueva hasta el desván, y no encontrándonos, se marchó.

Esta casi sinonimia de *Cornet* y de *Cournet* hizo perder la pista á los sabuesos del golpe de Estado. La casualidad nos favoreció.

Estaba cerca de la puerta hablando con Baudin, cuando un joven de barba larga, de porte y de modales distinguidos, en quien yo ya me había fijado, se acercó á mí y me preguntó:

—Señor Víctor Hugo, ¿dónde pensáis acostaros esta noche?

No me había ocurrido hasta aquel momento que no era prudente volver á mi domicilio.

—No lo sé, le respondí.

—¿Queréis venir á mi casa?

—Con mucho gusto.

Me dijo su nombre; llamábase M. de la R. Conocía la familia de mi hermano Abel, y había sido prefecto durante el Gobierno provisional. Dejó su coche á la puerta de la casa, subimos en él, y como sabía que Baudin quería pasar la noche en casa de Cournet, le dí las señas de casa M. de la R. para que me llamara si del arrabal de Saint-Marceau ó de cualquier otra parte se recibían noticias de alguna sublevación.

Poco despues de separarnos los representantes y de dejar la calle de Popincourt, Julio Favre, Madier, Deflote y Carnot, á quienes pasamos aviso á la calle de Moulins, llegaron á casa de Cournet, acompañados de Schelcher, de Charamaule, de Aubry y de Bastide. En casa de Cournet quedaban aun algunos representantes, que, como Baudin, pensaban pasar allí la noche.

Enteraron á nuestros colegas de lo que habíamos acordado y de la cita en la sala Roysin, pero no recordaron la hora señalada, y particularmente Baudin y otros colegas creyeron que la cita era para las ocho, no para las nueve de la mañana. El cambio de hora, debido á falta de memoria, y del cual á nadie debe culparse, impidió la realizacion de mi plan, esto es, establecer una Asamblea en el arrabal y librar la batalla á Luis Bonaparte; pero en compensacion nos proporcionó el hecho heroico de la barricada de Santa Margarita.

XX.

Entierro de un gran aniversario.

El día fué la primera jornada; fijémonos en ella, que bien lo merece. Fué el aniversario de Austerlitz, en el que el sobrino festejaba al tío. Austerlitz fué la batalla más brillante de la historia; el sobrino se propuso resolver este problema: cometer una vileza tan grande como aquella gloria. Lo consiguió.

Aunque á la primera jornada siguen otras, está completa, nada le falta. Fué la intencion más espantosa de retroceso que se pensó cometer jamás. Jamás hubo una caída de civilizacion semejante á esta caída. Todo lo edificado hasta entonces queríanlo convertir en ruinas. En una sola noche desaparecieron la inviolabilidad de la ley, el derecho del ciudadano, la dignidad del juez y el honor del soldado. Se verificaron honrosas sustituciones; el juramento se reemplazó por el perjurio, la bandera por el andrajo, el ejército por la faccion, la justicia por la prevaricacion, el código por el sable, el gobierno por el pillaje y la Francia por una caverna de bandidos. A esto se llamó salvar la sociedad. Fué el ladron salvando al viajero.

Francia caminaba y Bonaparte la paró.

La hipocresía que precedió al crimen iguala en deformidad á la desvergüenza que le siguió. La nacion vivia confiada y tranquila y experimentó cínica y súbita sacudida. La historia no registra nada semejante al 2 de Diciembre. Nada hay glorioso en este hecho; todo en él es abyecto. No hubo ningun tapujo. Apareció honrado y luego se declaró infame. Esta jornada, cuyo éxito es casi incomprensible, ha demostrado que la política tiene su obscenidad. La traicion se ha levantado bruscamente las

faldas y ha dicho: "Pues bien, sí," y ha enseñado las desnudeces de su alma sucia. Luis Bonaparte se ha arrancado la máscara y nos ha hecho ver el horror, se ha arrancado los velos y nos ha hecho ver la cloaca.

Ayer fué presidente de la República, hoy es un facineroso. Juró y jura aun, pero con otra voz. Su juramento se ha trocado en blasfemia. Ayer aseguraba que era virgen, hoy entra en un lupanar y se rie de los imbéciles. Figuraos á Juana de Arco que se convierte en Mesalina; pues eso es el 2 de Diciembre.

Las mujeres tomaron parte en esta maldad; fué un atentado mixto de tocador y de presidio; entre la fetidez de la sangre se desprende cierto aroma vago de patchouli. Los cómplices de este latrocinio son hombres de sociedad, como Romieu y Morny; bien que contraer deudas conduce á perpetrar crímenes. La Europa quedó estupefacta. Aquello fué un rayo disparado por un ratero y que cayó en malas manos; el traidor Palmerston lo aprobó. El viejo Metternich, soñando en su casa de campo, meneó la cabeza en señal de desprecio. El mariscal Soult, el héroe de Austerlitz despues de Napoleon, hizo lo que debia hacer; murió el mismo día del crimen. Ay! y Austerlitz tambien.

SEGUNDA JORNADA

La lucha.

I.

Vienen á prenderme.

Para ir de la calle Popincourt á la de Chanmartin hay que atravesar todo Paris. Le atravesamos, encontrando en todas partes aparente calma. A la una de la mañana llegamos á casa de M. de la R. El carruaje se paró cerca de una verja; el dueño de la casa abrió con llave; á la derecha, bajo la bóveda del portal, habia una escalera que llegaba al primer piso de un cuerpo aislado del edificio, que M. de la R. habitaba y que fué donde me introdujo.

Penetramos en una sala amueblada con lujo, que alumbraba una lamparilla y que separaba del dormitorio un tapiz entreabierto. M. de la R. entró en ese aposento y poco despues salió acompa-

ñado de una preciosa mujer, blanca y rubia, que vestia de bata, que llevaba el cabello suelto, y que atónita me contemplaba con ese sobresalto tan atrayente en una jóven. Su esposo acababa de despertarla. Permaneció un instante en el umbral de su cuarto soñolienta, sonriendo, entre admirada y despavorida, fijando alternativamente sus ojos en su marido y en mí, sin pensar quizás en la guerra civil, y viéndome entrar bruscamente en su casa á media noche, bajo la forma alarmante de un desconocido que pide asilo.

Dí á aquella señora mil excusas, que recibí con extremada bondad, y se aprovechó de este incidente para acariciar á una preciosa niña de dos años, que dormia en una cuna en el fondo de la sala, y la criatura que besó le hizo perdonar al proscrito que venia á despertarla.

Sin dejar de hablar, M. de la R. encendió excelente fuego en la chimenea, y su esposa, con una almohada y dos almohadones, con un capote de su marido y un abrigo de ella, me improvisó en un sofá, que prolongamos por medio de un sillón, una cama frente á la chimenea.

Durante la discusion de la calle Popincourt, Baudin me prestó un lápiz para tomar nota de algunos nombres; conservaba el lápiz y lo aproveché para escribir á mi esposa una carta, que la mujer de M. de la R. se encargó de entregar en propias manos á la señora de Víctor Hugo al día siguiente. Sacando los objetos que tenia en los bolsillos, me encontré un palco para ir á los italianos, que ofrecí á la dueña de la casa.

Al contemplar aquella cuna, aquellos dos jóvenes hermosos, elegantes y felices, y al compararlos conmigo, que llevaba el cabello y el traje en desórden, las botas llenas de lodo y el espíritu lleno de pensamientos sombríos, me pareció que era un buho dentro de un nido de ruiseñores.

Poco despues los dos esposos entraron en el dormitorio y cerraron el tapiz entreabierto; yo me eché en el sofá vestido, y aquel tierno nido, que revolví, volvió á recobrar su delicioso silencio.

Se puede dormir la víspera de una batalla entre dos ejércitos, pero no se duerme la víspera de una batalla entre ciudadanos. Despierto conté una por una todas las horas que sonaban en una iglesia próxima; toda la noche estuvieron pasando por la calle, á la que caian las ventanas de la sala, carruajes que

huían de Paris y que se sucedian con rapidez, como si salieran de un baile. Como no pude dormir, me levanté y corrí un poco las cortinas de muselina de una ventana para ver lo que pasaba en la calle. Pero en el cielo estaban apagadas las estrellas, y las nubes pasaban con la violencia difusa de una noche de invierno. El viento silbaba siniestramente, y se asemejaba al viento de los sucesos.

Contemplé á la niña dormida.

Esperaba con impaciencia que amaneciera; por fin rayó el día. M. de la R. me habia indicado, por suplicárselo yo, de qué medios me habia de valer para salir de allí sin molestar á nadie. Besé la frente de la niña y salí de aquel aposento. Bajé, cerrando tras mí las puertas suavemente para no despertar á la dueña de la casa. La verja se abrió y me encontré en la calle, que estaba desierta; las tiendas aun no se habian abierto; una lechera, con el borrico á su lado, colocaba tranquilamente sus vasijas en la acera. No he vuelto á ver á M. de la R. Más tarde supe que me escribió durante mi destierro, pero que interceptaron su carta. Creo que abandonó la Francia. Dios quiera que estas páginas escritas para él le lleven mi recuerdo.

La calle Chanmartin sale á la de San Lázaro. Me dirigí hácia aquella parte. Era ya completamente de día, y á cada instante me alcanzaban y me pasaban delante carruajes cargados de baules y de fardos, que se dirigian apresuradamente á la estacion del ferrocarril del Havre. La gente empezaba á transitar por las calles. Varios viajeros que iban al tren subian por dicha calle al mismo tiempo que yo. Enfrente del número 42, donde en otro tiempo vivió Mlle. Mars, vi un cartel fresco todavía pegado á la pared; me aproximé; reconocí en él los caracteres de la imprenta Nacional. Decia así:

"FORMACION DEL NUEVO MINISTERIO.

Interior, M. Morny.

Guerra, M. el general de division de Saint-Arnaud.

Negocios extranjeros, M. de Turgot.

Justicia, M. Rouher.

Hacienda, M. Jould.

Marina, M. Ducos.

Obras públicas, M. Magne.

Instruccion pública, M. H. Fortoul.

Comercio, M. Lefebvre Duruflé."

Arranqué el cartel y lo arrojé á la calle; los soldados del tren que conducian los furgones me miraron, pero siguieron